

ESCOLANO BENITO, Agustín (ed.): *Educación superior y desarrollo sostenible. Discursos y prácticas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 276 pp.

Esta obra, coordinada por Agustín Escolano, nace de un Proyecto Alfa de título idéntico, auspiciado por la Unión Europea. El mismo sentido intercultural, reticular y solidario que animó el proyecto alienta las páginas de este libro coral

cuyo foco de atención, la cultura de la sostenibilidad mirada desde el ángulo educativo, constituye un campo de discursos y prácticas extraordinariamente atractivo y, por qué no decirlo, espinoso e intrincado. El planteamiento abiertamente crítico de la mayor parte de los capítulos lo pone de manifiesto a cada paso.

La educación es, como dice el profesor Escolano en su breve pero clarificadora presentación, un artefacto histórico-cultural que sólo puede ser realmente enunciado narrativamente. La narratividad es, incluso, su sustancia constitutiva, añade. Pues bien, este libro es precisamente eso: un denso trayecto narrativo que discurre por diversas sendas y se hace arborescente, casi aéreo; tal es el cúmulo de sugerencias y evocaciones que suscita. Como Nietzsche escribiera, no hay hechos, tan sólo interpretaciones. Este libro presenta un variado plantel de ellas en torno a un concepto clave en nuestra cultura posmoderna. Vale la pena leerlas y disfrutarlas.

A través de 11 capítulos, el lector medianamente avisado y preocupado por la cuestión del desarrollo se verá involucrado en una discusión epistemológica ardua y plural, que a veces alcanza una intensidad y una hondura inusuales en la literatura pedagógica común. Sin embargo, este libro no se contenta —lo que ya lo justificaría sobradamente— con el análisis de los discursos pedagógicos sobre el desarrollo. También informa con pelos y señales del estado de la cuestión y, lo que es aún de mayor atractivo, presenta casos concretos en los que la sostenibilidad se ha convertido en argumento de razón práctica, tanto en espacios universitarios como en otros escenarios educativos. Y todo ello está contado con una perspectiva rabiosamente actual, pero siempre sobre un fondo de reflexión y análisis histórico que unas veces se hace más patente y otras menos. El desarrollo, como la educación, es también un artefacto dinámico y evolutivo, que se vuelve incomprensible si sólo es observado de manera estática o estructural. Como quiera que ésa ha sido una costumbre inveterada, se hacen necesarias, urgentes se podría incluso decir, miradas

como las que esta obra reúne y combina: la mirada sistémica y la mirada hermenéutica, aparentemente contradictorias, en realidad estrechamente complementarias. Sin duda, los aportes que el profesor Escolano ha conjugado en este libro contribuyen a dibujar y a enriquecer de significado eso que él llama, valiéndose de la noción de Bourdieu, el «campo de la sostenibilidad». Cada capítulo tiene su propia entidad, su propio estilo, su propia idiosincrasia narrativa, pero el conjunto es armónico, por cuanto todos y cada uno de ellos participan de un sentido riguroso de la escritura, redundan en opciones epistemológicas congruentes y a veces hasta convergentes, y descubren espacios de debate perfectamente conectables entre sí. No podía ser de otra manera tratándose de un ámbito cultural que repugna cualquier visión simple y fragmentaria, como más de una vez se puede leer en las páginas del libro.

El capítulo inicial, «Estrategias educativas para una cultura de la sostenibilidad», que firma Agustín Escolano, marca, como en las buenas sinfonías, la tonalidad del conjunto de la obra, y da las claves para su correcta lectura. En él se acota el problema, se analiza su alcance y se pone el énfasis en la necesidad de proceder a su doble abordaje, a gran y pequeña escala (sistémico y complejo, de un lado, y hermenéutico, de otro). Desde esta última perspectiva, el desarrollo sostenible forma parte del mundo de la vida, de la experiencia intersubjetiva y de la capacidad poética de los sujetos humanos. El interesantísimo proyecto que se lleva a cabo en el Parque del Gran Sasso-Laga, al que Escolano hace referencia, se nutre precisamente de esta óptica, poco frecuentada por la teoría y práctica educativa del desarrollo.

El capítulo segundo, de la profesora Anita Gramigna, podría ser también concebido como un capítulo-pórtico o fundamental, por cuanto propone algunos fundamentos epistemológicos que podrían servir de asiento al conjunto de la obra. Su título lo expresa con claridad: «Epistemología de la formación y desarrollo sostenible». Esta autora toma el paradigma ecológico como una guía para desvelar algunos

mitos de nuestro tiempo y proceder a su crítica radical, a fin de promover un conocimiento conectivo, complejo, transformador, que nos procure experiencias vitales intensamente éticas.

En el tercer capítulo, el profesor Colom se ocupa específicamente de la educación para el desarrollo sostenible. Se separa de aquellos que la conciben como una simple extensión o proyección de la educación ambiental, y la asocia a la necesidad de educar para un cambio axiológico profundo, en la línea del capítulo anterior. En ese sentido, entraría en comunión con «otras educaciones»: moral, intercultural, para la paz... y contribuiría así a fecundar y enriquecer la experiencia educativa en su conjunto.

A pesar de sus notables diferencias en cuanto a perspectiva y objeto de estudio, encontramos algunos paralelismos y coincidencias entre los capítulos cuarto («La calidad educativa como discurso de poder») y quinto («La educación superior frente al espejo de la sostenibilidad»). En ambos se arremete contra la invasión de que está siendo objeto la Universidad por criterios productivistas, bajo un concepto, el de calidad, que goza de tantas bendiciones en nuestros medios políticos y académicos. En el capítulo cuarto, Joaquín Esteban Ortega afronta este discurso de la calidad desde una perspectiva compleja y genealógica, y denuncia los efectos analgésicos que genera la ciencia moderna para conjurar la duda y la incertidumbre. En el capítulo quinto, Henar Herrero plantea el reto de la sostenibilidad en la educación superior, relacionándolo con una idea renovada de ciudadanía. Como hacía Esteban Ortega, también este autor alerta, acusadoramente, contra la cultura de fragmentación y simplificación que asola la Universidad y, como apuntábamos, esa lógica de la rentabilidad que parece imparable, y que entraría en abierta contradicción con los principios que idealmente animan el desarrollo sostenible.

En su capítulo, el sexto, Emilio Roger Ciurana y Cecilia Regalado ponen de relieve las conexiones epistemológicas de dos campos, el del Desarrollo y el de la Multiculturalidad, tomando una vez más como guía el paradigma de la complejidad. El

capítulo siguiente, de Pilar Aznar, valiéndose de numerosos textos documentales, establece la gran pertinencia del concepto de sostenibilidad en eso que ha dado en llamarse Espacio Europeo de Educación Superior, y plantea la necesidad de implementar una Agenda XXI Universitaria que tenga, entre otros, efectos curriculares a través de la definición de cierto número de competencias transversales para la formación universitaria.

En una época caracterizada por su carácter «ecocida», Martín Rodríguez Rojo está convencido de que se hace más que nunca necesario un modelo ecológico que dirija la enseñanza superior hacia el objetivo de la formación del ecociudadano. Como en capítulos anteriores, también en éste, el octavo, se enfrentan dos metanarrativas, la moderna y la ecológica, que el autor describe y analiza pormenorizada y comparativamente en unos cuadros sumamente didácticos y esclarecedores. Alba Hidalgo y Javier Benayas, en el capítulo noveno, se sitúan también en el marco universitario, como deseable referente social del cambio hacia un futuro sostenible, y proponen vías diversas (formales, no formales) para poner en marcha programas de sostenibilidad en la Universidad, recordándonos que estamos ahora mismo inmersos en la Década de la Educación para el Desarrollo Sostenible. En este sentido, aluden a la Red *Copernicus* y citan algunas iniciativas llevadas a cabo en la Universidad Autónoma de Madrid, de las que bien podrían tomar ejemplo otras instituciones universitarias.

El capítulo décimo, de Fernando Calderón y Alfredo Marcos, es, sin duda, el más evidentemente histórico de cuantos componen esta obra. Recogen en él la poco conocida afición de Rousseau a la botánica, comentando una serie epistolar que se publicó tras su muerte. En estas cartas, además de ciertas lecciones de botánica, Rousseau expone ciertos consejos pedagógicos que entroncan con su concepción educativa desarrollada en el *Emilio*. Bella, curiosa y muy oportuna aportación la de estos autores a una obra sobre la cultura de la sostenibilidad, en la que el naturalismo rousseauiano encarna el valor incalculable y siempre iluminador de lo originario.

Por fin, el último capítulo, de Christoph Wulf, cambia de plano y se embarca en una discusión sobre el papel de la sostenibilidad en la defensa del patrimonio cultural intangible, situándose en una perspectiva antropológica. Haciéndonos recordar algunas reflexiones anteriores sobre la diferencia (cap. 2) y la multiculturalidad (cap. 6), Wulf aborda el mundo de los rituales, y reclama la sustancialidad de la experiencia del otro, es decir, de la alteridad, en la construcción del ser humano y de la historia, contra toda forma de egocentrismo, logocentrismo o etnocentrismo. El *desiderátum* ético con que culmina este capítulo es un excelente colofón para una obra científicamente rigurosa, de gran calado teórico y notable riqueza etnográfica, plural y coral al mismo tiempo, muy bien ensamblada, y extraordinariamente sugestiva. La crítica vertebrada cada capítulo y lo anima, dando paso a una visión constructiva, a veces hasta entusiasta, y a un deseo reiteradamente explícito: un mundo más habitable es posible y la educación puede hacer algo para que así sea.

JUAN CARLOS GONZÁLEZ FARACO